

á otros puestos donde pudiesen estar seguros de sus adversarios; y como que así todas las naciones del mundo, despues que se pobló pasado el diluvio universal, hayan tenido particulares ritos, ceremonias y adoraciones, adorando diferentes dioses en diferentes especies y figuras de animales, las gentes que habitaban en estas tierras nunca tuvieron ni reconocieron otro dios que á uno que llamaban Dios Piltzintli, que quiere decir Dios Niño, y que á un indio sabio, llamado Cuanameti, se le enseñó y dió á conocer, y que se le apareció en aquellas tierras, que ellos llamaban Iztlahuacan Neparulatlati, que quiere decir llano que está en medio de la tierra, y que allí dejó estampados los piés y las manos, segun la tradicion de sus antepasados; y que llamaron Piltzintli á aquel dios, porque siempre que le veían se les aparecía en figura de un niño, quien les hablaba, enseñaba, daba respuestas á sus dudas y consolaba en sus aflicciones, y les decia que supiesen y tuviesen entendido que habia un Dios en el cielo de gran poder; que este Señor habia criado el sol, la luna, las estrellas, los árboles, los montes, las peñas y todo lo visible é invisible; y que el cielo era todo de plata, y habia en él muchos plumajes, piedras preciosas y una Señora que jamás envejecia, y que era Soberana Virgen, y que de ella habian recibido carne todos

los hombres, y que confiasen en este Dios, y en esta Señora, porque como él asistia en el cielo, sabia que les habian de ayudar siempre en sus trabajos y necesidades, y que para que se defendiesen de sus enemigos, que entraban á conquistarlos y á apoderarse de sus tierras les dió armas de arcos, flechas y carcax con que las defendiesen y sus personas, enseñándoles el modo que habian de tener para usar de estos instrumentos en sus guerras.

En este artículo de la relacion del Cacique Pantecatli se conoce, en punto de su religion, que se introdujo en las naciones de Jalisco, Acapometla y tierras meridionales de la Nueva Galicia una mezcla absurdísima de los ritos gentilicos que les pegaron las familias mexicanas con algunos misterios mal entendidos de esta santa religion cristiana. Despues que recibieron alguna tinctura de la predicacion evangélica en tiempo que Nuño de Guzman conquistaba sus territorios, se aficionarian más estas naciones al culto del Dios Niño, que al de los demás dioses que formaron la liturgia de los signos fabulosos y idolátricos de la nacion mexicana. Este Dios, segun el caballero Boturini, (*) era la quinta deidad de los primeros pobladores de la Nueva España, que se

(*) Boturini. Compendio Histórico de la América Septentrional. Edad primera, párrafo 3, número 11.

llamaba Piltzinteuclli, que quiere decir Dios de los niños, como geroglífico de aquellos que habían nacido en las nupcias solemnes, criándose en la religion de sus padres, y aprendian de ellos los ritos de los sacrificios, y el explorar con los auspicios el beneplácito de los dioses. Este curioso y laborioso escritor trata de este Dios Niño con grande erudicion, y del origen de esta y otras divinidades que correspondian en aquella primera edad, segun sus ideas groseras, á las conveniencias que podía apetecer en tantas necesidades de que adolece la vida humana, y debajo de esta ó otra semejanza se acomodaba tal ó tal utilidad, que creían recibir de estas deidades, conforme la natural propension de sus rudos entendimientos. Y así representaban á este custodio ó guarda-niños con rostro hermoso, de tierna edad, colocado en una casa que le sirve de dosel, y significa el gobierno que les espera en sus familias despues de la muerte de sus padres, por hallarse adornados de la hermosura civil, como lo explica este caballero haciendo alusion á las historias de los griegos, que adoptaban esta misma significacion. Algunos autores que no han examinado con la exactitud é instruccion del caballero Boturini las memorias, pinturas y relaciones antiguas de los indios, han tomado motivo de la relacion de Pantecatli, ó de lo que dicen otras semejantes,

para creer que estos indios habían logrado el beneficio de la predicacion evangélica mucho ántes que viniesen los españoles á este continente; y no obstante de su mucha inteligencia en esta materia, estaba persuadido el mismo caballero Boturini, que el Apóstol Santo Tomás penetró en estas tierras y las fecundó con el riego de su fervorosa doctrina, siendo del sentir del padre maestro Calancha y de otros; pero en el Aparato á esta historia (*) doy los fundamentos que me mueven á no asentir á esta opinion, sin refutarla de intento, los que se pueden ver; motivo porque ahora no me dilato, bastando este apunte, á fin que se vea cuánto se debe desconfiar de relaciones de indios, y prosigo refiriendo lo que nos queda que decir del Cacique Pantecatli, por la conexion que tiene con lo que decimos del origen de estos naturales de Jalisco, habiendo de tratar de su poblacion y conversion.

Con esto que les dijo el ídolo á estos antiguos habitantes de las tierras de Acaponeta y sus contornos, quedaron tan advertidos estos naturales, que se hicieron capaces en las cosas de la milicia; y ya que estas naciones estaban abundantes de gentio y aumentadas con muchas poblaciones, no solo se ocupaban en sus ejercicios militares,

(*) Aparato á esta Crónica, cap. 26, pág. 139 y siguientes, y cap. 27 y 30, núms. 1 y 2, ex seq.

segun las instrucciones que su Dios Piltzintli les habia dado, sino que se entretenian asimismo en la pesca, cogiendo peges de todo género, por estar la tierra abundante de esteros, lagunas, rios y en la caza de animales silvestres, como son jabalies, ciervos y otros; y cuando más descuidados se hallaban de que hubiese quien los inquietase y apartase de sus tierras y caserías, llegaron las gentes mexicanas ó alguna parte de los ranchos que el caudillo Huitzilopochtli haya peregrinado para darles la tierra que les habia prometido para que viniesen y sujetasen todas las provincias. Llegados que fueron á estas tierras de Acaponeta á sujetarlas y á apoderarse de ellas, obligando á los naturales á que les hiciesen rostro y les resistiesen, pidieron éstos favor á su dios Piltzintli, quien se les apareció armado con su arco, adarga y flechas, invocando al Dios del cielo, pidiéndole que enviase desde su trono legiones de ángeles, y del infierno demonios, que ayudasen á sus fieles siervos; pero como vieron los de Acaponeta y los demás pueblos la gran pujanza de los mexicanos y su gran destreza en pelear, temerosos de ser desbaratados y vencidos en la batalla, dejaron sus casas y se retiraron á las sierras vecinas, con lo que los mexicanos se quedaron en los pueblos y se aumentaron así en gentío, como en otras cosas necesarias para poder proseguir su viaje.

Segun el oráculo de un ídolo que les guiaba, á quien llamaban Cuanameti, y ya que les pareció era tiempo de caminar, salieron de estas regiones calientes y fueron prosiguiendo su viaje, haciendo paradas en algunos pueblos y puestos, unas veces de un dia, otras de cinco, otras de seis y de más, segun lo ordenaba su dios Cuanameti. En algunos reencuentros que habian tenido con los naturales de estas tierras calientes de Acaponeta, murieron muchos mexicanos, y así salieron tristes y llorosos por la pérdida de sus compañeros; pero los de Acaponeta y demás pueblos, viéndose ya libres de los huéspedes que les habian causado muchos trabajos y obligado á andar fuera de sus casas, entre peñas, hambrientos y padeciendo muchas necesidades, se volvieron á sus chozas y caserías, y se ejercitaron en la milicia, previniéndose para cualesquier suceso que en lo venidero les pudiese acaecer, rigiéndose en todas ocasiones por su dios Piltzintli, porque siempre tuvieron por cosa indudable lo que este Dios Niño les decia, que habia un solo Dios en el cielo, el cual habia criado todas las cosas, y esta es la razon porque nunca tuvieron templos dedicados á algun otro ídolo; y aunque es verdad que debajo de una proposicion cierta les persuadia ese Dios Niño, como que era el mismo demonio, muchas falsedades, por lo ménos tuvieron

un conocimiento oscuro que habia Dios en el cielo, y al tiempo que llegó la voz del Evangelio, y comenzó á publicarse por boca de los religiosos franciscanos, siendo el primer esplendor y apóstol de estas tierras el bendito P. Fr. Juan de Padilla, y el primero que administró el santo sacramento del bautismo á estas gentes, luego con gran sumisión, como mansos corderos, se sujetaron á creer lo que les predicaban y enseñaban, dejando con liberal protesta sus supersticiones. Aun ántes de la venida del padre Padilla á sus tierras, cuando entró á conquistarlas D. Francisco Cortés de San Buenaventura, el Cacique de Acaponeta Xonacatl, padre de Pantecatl, autor de la relacion que acabamos de referir, recibió á este general y á su ejército español con grande benevolencia y de buena gana, persuadido que los españoles que aportaban á sus tierras eran los que habia vaticinado su Dios Niño por boca de sus sacerdotes, que dieron márgen á la tradicion que conservaban de padres á hijos, y dejó Pantecatl en su memorial. En esta ocasion hizo el Cacique Pantecatl, digo, Xonacatl, un razonamiento á sus vasallos para persuadirlos á que se diesen de paz á los españoles: dijoles: « Sabéis, amados vasallos míos, cómo por tradicion de nuestros antepasados, segun los oráculos que han dicho, que en estas tierras que son de nuestro señorío

« y donde vivimos, y jamás nuestros antepasados ni otros, hemos adorado á los dioses varios de otras naciones, más que al dios Piltzintli, y que nuestros padres, viejos y sabios, decian, que en tiempos venideros habian de venir á ocupar nuestras tierras, á asistir y morir en ellas ciertas naciones de las partes de donde sale el sol: ya llegó la hora, pues han llegado ya estos extranjeros á Tepic, tan cerca de donde nosotros vivimos; parece que se han cumplido los vaticinios, que por tradicion de nuestros mayores teniamos, y que infaliblemente son éstos que nos envian mensajeros convidándonos con su amistad: y así, leales vasallos míos, me parece que sin hacerles resistencia, como lo hemos hecho siempre á cuantos han querido sujetarnos, admitamos esta amistad con que nos envia á convidar esta gente forastera; para esto os he juntado. » Acabó el Cacique Xonacatl su discurso, y conformándose todos sus vasallos con su parecer, se rindió toda esta tierra y admitieron gustosos el más pronto vasallaje á la Corona de Castilla.

Estos indios, como tambien todos los del reino de Jalisco, aunque en su gentilidad eran recios y belicosos, con la compañía de los españoles breve se volvieron muy mansos y tratables, y abrazaron el cristianismo con notable fervor: con-

forme se iba poblando el pueblo de Jalisco, en virtud de las disposiciones de Nuño de Guzman, los demás de tierra caliente, como el de Tzentipac, Acaponeta y otros, iban en aumento, y insensiblemente perdian estos naturales de su antigua rusticidad, y se volvian cada dia más dóciles á las amonestaciones y saludables consejos de los religiosos, que les habian destinado este capitán gobernador por ministros. Y aunque en su gentilidad vestian como los mexicanos y los zapatos que usaban eran sandalias, despues se vistieron los más á lo español: sus armas ántes eran arco, flechas, macanas y usaban de un género de rodela, que en mexicano se llaman chimales: las macanas eran á manera de porras, aunque los señores y capitanes no traian armas ningunas en la guerra, sino unos bastones con que sacudian á los que no peleaban ó se desmandaban, ó no guardaban el orden que convenia: cuando no tenían guerra, seguian la caza y eran grandes flecheros. Las indias, demás de vestir enaguas y luego un huipilillo corto que llaman ixquemil ó xolocoton, hoy se visten otro género de vestidura entera y cerrada que les cubre desde los hombros hasta media pierna, que llaman huipil, y cuando van á los tianguis, que es lo mismo que mercado, se visten unas enaguas cerradas por más honestidad. Van á la iglesia con cobijas de lienzo

ó paños de rebozo ordinarios, y muchas los llevaban en otro tiempo de Bengala, con muchos deshilados y puntas. Son estos indios en todo el reino de Jalisco ó Galicia Nueva, de muy buena disposicion, y sus cuerpos bien hechos, y las indias en general son más hermosas que todas las de la Nueva España, como lo fué la Malinchi Marina, natural de Jalisco, segun lo refiere Torquemada y otros escritores. Los temperamentos de este reino y provincia son diversos, porque en unas partes son muy calientes, como son las tierras que caen en las costas del mar del Sur; otros son muy frios, como los que corresponden á las sierras y en lo general templados. En cuanto á lo espiritual corria por cuenta de los religiosos de N. P. San Francisco, que habian fundado la Custodia del santo Evangelio de México; y como hemos visto, nuestros primitivos fundadores de esta Provincia de Michoacan, penetraban estas tierras en compañía de Nuño de Guzman, ó se metian en estas tierras nuevas cogiendo otros rumbos limitrofes del reino de Michoacan, predicando, bautizando y trayendo á la fe innumerales gentiles. Aun varios de estos fervorosos operarios se entraban á pié y descalzos por tierras no conocidas, llegando hasta los fines de Tzinaloa, y confines del valle de Tzivola y Nuevo México, saliendo de los límites del reino de Mi-

choacan y Jalisco, que años despues formaron el distrito de la Custodia de esta santa Provincia. Entre estos incansables operarios evangélicos, nuestro venerable fundador Fr. Martin de Jesus, estuvo, como queda dicho, el año antecedente de 1531 en la provincia de Cutzalan, que está situada junto á la gran laguna de Chapala, y convirtió al Cacique Xitomatl dándole á conocer á él y á sus vasallos al verdadero Dios. Salió despues discurriendo por diversas partes de la provincia de Jalisco y Michoacan, cumpliendo con el oficio de apóstol, buscando almas para el cielo. Supo que su verdadero padre, el padre Fr. Martin de Valencia, segunda vez Custodio, se disponia con otros compañeros para ir á Tehuantepec, puerto en el mar del Sur, que dista de México 150 leguas, por haber tenido revelacion de que habia otras gentes de mucho mayores talentos que los de Nueva España, y que habian de ser traídos á esta misma fe y doctrina. Deseando ensanchar los límites cristianos en aquella Nueva Galicia, digo, iglesia, quiso el venerable Fr. Martin de Jesus ser de esta santa jornada, y quanto ántes procuró juntarse con su venerable prelado que habia ido á embarcarse en el puerto. Fué admitido con especial gusto de su superior; y habiendo estado esperando con los otros compañeros siete meses á que se armasen los navíos en

virtud de la palabra que el marques del Valle le habia dado al venerable Fr. Martin de Valencia de que le llevaria, y á sus compañeros, sentido el marques de tanta dilacion, y viendo que los oficiales y maestros no habian cumplido para el tiempo señalado el empeño en que se habian obligado para la construccion de los navíos, para cumplir la suya, fué en persona desde la villa de Cuernavaca á Tehuantepec, y aunque puso toda la diligencia posible no se acabaron tan presto. Considerando entónces el bendito padre Fr. Martin de Valencia la tardanza tan grande en el apresto de los navíos y que el Capitulo de la Custodia se acercaba, y porque tuvo nueva relacion de que aquella conquista no la guardaba Dios para él, volvióse á México dejando en el puerto tres de sus compañeros, para que acabados los navíos, se embarcasen y fuesen á descubrir las tierras que tanto deseaban. Tampoco quiso Nuestro Señor que estos tres que quedaron saliesen con su intento, aunque tan santo, y por ventura seria la causa porque el uno de ellos era Fr. Martin de Jesus, nuestro fundador, á quien se habia encomendado el apostolado de Michoacan y Jalisco, quien lo habia dejado en manos de sus compañeros, porque volviese á su primer llamamiento. Habia dado Hernan Cortés sus órdenes luego que volvió á Nueva España el año de 1530,

para que se construyesen con la mayor brevedad dos navios en el puerto de Acapulco, con el fin de descubrir por la mar del Sur, en los que salió mandando Diego Hurtado de Mendoza, primo de Cortés, en el mes de Mayo de 1532. Llegaron al puerto de Santiago de Buena Esperanza que es de la provincia de Colima: el navío en que iba Hurtado, pereció sin saberse de él, y el otro fué á parar á Jalisco con gran trabajo. El motivo de estas desgracias fué el haberse amotinado contra Diego Hurtado los de un navío. Llegaron primero estos dos navios al pueblo de Jalisco, adonde les impidió la entrada Nuño de Guzman que acababa de conquistar aquella tierra, y entendia en su poblacion: uno de los navios volvió á Acapulco y el otro siguió su viaje por algun tiempo sin que se supiese su paradero. El navío que volvió de miedo de Nuño de Guzman, no llegó á Jalisco; surgió en la bahía de Banderas y pereció con toda la gente á manos de los indios que estaban rebeldes, y solo dos escaparon que dieron esta relacion. Sabido esto por el marqués del Valle, se fué á una villa suya, hácia la mar del Sur, que se dice Tehuantepec, y fabricó otros dos navios, nombrando por capitan del uno, á quien habia puesto el nombre de La Concepcion, á Diego Berra de Mendoza, pariente suyo, y natural de la ciudad de Mérida, y del otro, á quien llamaron

San Lázaro, á Hernando Grijalva, natural de la villa de Cuellar, y por piloto mayor, Ortun Jimenez, y piloto segundo Martin de Acosta, portugues. Tardó el marqués del Valle trece meses en labrar estos navios y despacharlos, y no pudieron salir del puerto de Santiago sino á 30 de Octubre de 1533. Mientras tanto se acabaron de habilitar estos navios, no estuvieron ociosos los religiosos que habian de ir en ellos en busca de almas; se ocupaban en la instruccion de los naturales del puerto de Tehuantepec, en especial nuestro venerable padre fray Martin de Jesus, predicando por toda aquella comarca, valiéndose de los intérpretes inteligentes en la lengua zapoteca, que les es propia.

Resérvome continuar la relacion de esta expedicion marítima, en que fueron estos santos religiosos de tanto provecho para que nó fuese del todo desgraciada, cuando tratemos de los sucesos del año de 1534. Corresponde ahora referir los descubrimientos que hicieron los capitanes de Nuño de Guzman, enviados á diversas partes para extender su conquista de la Nueva-Galicia.